

## Desarraigo: la frontera histórica nihilista

Mario Alberto Sandoval Martínez\*  
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)  
ITESM Campus Ciudad de México

Recibido: 02/11/2020  
Aceptado: 02/12/2020

**Resumen:** La confrontación que Heidegger realiza con la metafísica en tanto historia del primer comienzo tiene como punto clave el pensamiento en torno al nihilismo. Éste es la frontera que Heidegger aborda en términos históricos y que lo lleva a desarrollar una filosofía del tránsito. El nihilismo se traduce como desarraigo, caracterizado como una época donde domina la maquinación, se establece una vivencia que se asienta en el rehuso del ser.

**Palabras clave:** Desarraigo, habitar, ser, otro comienzo.

## Rootlessness: the historical-nihilistic frontier

**Abstract:** The discussion that Heidegger commences on metaphysics as the history of the first beginning leads him to develop the transitional philosophy of the another Beginning. In this we find various problems among which is the question of inhabiting. The German author claims that we live in times of absolute uprooting. This should not be understood in the meaning of a given geographical location but in historical terms. The uprooting reveals that the end of metaphysics is but one more historical era, the era of the lack of thinking, of machination and particularly the rejection of the meaning of Being.

**Keywords:** uprooting, inhabiting, to be, another beginning.

---

\* masandoval@tec.mx

En *Las ciudades Invisibles*, Italo Calvino describe una ciudad dominada por el deseo. La llama Anastasia. En dicha ciudad los habitantes pueden comprar y consumir cosas a buen precio, comer de manera frugal. El deseo se manifiesta en múltiples formas. Las mujeres atractivas abundan, seducen; invitan al viajero a satisfacer una de las tantas formas materiales que toma el deseo para aliviar la cotidiana mundanidad: “...la descripción de Anastasia no hace sino despertar los deseos uno por uno, para obligarte a ahogarlos, a quien se encuentra una mañana en medio de Anastasia los deseos se le despiertan todos juntos y lo circundan.” (Calvino, 2012, p. 12)

En Anastasia impera el deseo de satisfacción de todo deseo, éste se manifiesta bajo la obligatoria forma del dominio y disfrute de todo lo existente. Pero la ciudad es también aquello que no se ve: sus calles oscuras, los deseos incontrollables y desahogados, sus callejones llenos de fantasmas y podredumbre, los espacios oscuros y vacíos que lo circundan todo. Anastasia es una ciudad de oropel, una ciudad mentirosa y tramposa que, bajo el resplandor del cromo puesto de manera artificial, hace brillar sus calles concéntricas y dantescas. En Anastasia se busca esconder el óxido que ha empezado a corroer los cimientos de la vida, se disimula el malestar pues no se soporta y no se quiere ver. Esta ciudad se “sostiene” y “funciona” simplemente porque sus habitantes desean, porque han hecho del deseo su esencia y éste les nubla todo pensar y sentir ajeno a la propia ciudad. Los hombres que deambulan por las calles se han acostumbrado al olor a óxido que se ha impregnado en su piel y en sus ropas e incluso han logrado comerciar con él. Anastasia no sucumbe porque los individuos que la habitan se han acostumbrado al disimulo del color ocre. Tal como *Sísifo*, quien de vérselas todos los días con su piedra se vuelve piedra, los habitantes de Anastasia se la ven todos los días con el metal de brillo falso... y acaban por volverse seres de tonos ocres escondidos bajo el brillo de la ausencia de necesidad, y corroídos al interior.

Anastasia ha logrado mitigar y cercenar posibilidades alternas de deseo y pensamiento que no pertenezcan a su propio y vasto territorio. Ésta es una ciudad que finge, una ciudad que engaña: “La ciudad se te aparece como un todo en el que ningún deseo se pierde y del que tú formas parte, y como ella goza de todo lo que tú no gozas, no te queda sino habitar ese deseo y contentarte.” (Calvino, 2012, p. 13)

Anastasia exige ser conquistada y para lograrlo parece necesario actuar de manera *poderosa*. Actuar significa perseguir la meta, no importa cuán lejos parezca, “querer es poder” dicen muchos. Actuar es entregar la vida y pensar únicamente en esa vía. Anastasia parece estar hecha para gozarse, para conquistarse y el camino parece trazado. “Si durante ocho horas al día trabajas como tallador de ágatas ónices crisopacios, tu afán que da forma al deseo toma del deseo su forma, y crees que gozas por toda Anastasia cuando sólo eres su esclavo.” (Calvino, 2012, p. 13) La mentira va más allá, el engaño nubla la mente, el embuste mata y lo hace de manera lenta. La fortuna no juega más del lado benefactor, antes bien se tiene el presentimiento que pronto se avecina una calamidad, pero se lleva así muchos años, se lleva así muchas vidas. Mientras, y en lo que llega la catástrofe, se “habita” pensando únicamente en la satisfacción de esos deseos... Y nada más, Anastasia es el lugar donde nunca pasa nada. Donde todo se ha vuelto “normal”. Esta normalidad colma la vida de la ciudad. Hoy, todas y cada una de nuestras ciudades pueden ser llamadas Anastasia.

Lo que aquí se pretende es pensar el espíritu de una época, la época nihilista. Los variados intentos por pensarla, cuando se han esgrimido, son tanto desoladores como desalentadores: una época aciaga que no revela sino una sola posibilidad en común, la de la disponibilidad. Habitamos una época que no brinda otra alternativa al agotado

espíritu humano más que pensar la esencia del hombre desde una recaída en la estructura de la subjetividad. Dicha estructura aparece reconfigurada bajo el fenómeno del rendimiento, que nos lleva a pensar en las cosas que nos rodean sólo desde el ámbito de la asequibilidad.

Curiosamente esta era no es como otras... Tal vez, su característica esencial es que puede develarse como el fin de todas las épocas pasadas marcadas por la metafísica occidental. Dicho fin no aparece como un linde evidente. Éste se extiende, se esconde. Las fronteras que naturalmente debería demarcar no son visibles. Sus cualidades de inaprensibilidad e impensabilidad lo vigorizan en su huida y en eso se parece a Anastasia, cuyo estatus merece ser pensado.

Visto así, el fin es un no fin que permanece impávido ante la expectativa temporal, un fin en apariencia imperturbable ante los esfuerzos de un pensar que busca desvelarlo. El inicio de esta consumación aparece paradójicamente como inconsumible y más bien cuaja como algo reproductible que se proyecta sobre el mundo de manera ubicua.

La posibilidad de pensar el límite escapa también por las grietas que él mismo ha producido. Se cuele, se desliza, permea y desaparece. El fin no se ve porque crea grietas y las desgasta, ahoga las fracturas agravando poco a poco el daño. El fin es inaprensible y en esa medida impensado.

La humanidad ha recurrido a variados intentos por subsanar con vendajes mórbidos, maltrechos y sucios dichas fracturas y grietas, pero lo tronchado vuelve siempre a desgarrarse. Los hombres de nuestro tiempo han “decidido” dejar de pensar en ellas y han volcado su esfuerzo en crear nuevos paliativos que aminoren el dolor y malestar: inventar nuevos yesos, limpiar y embellecer los vendajes, pintar las férulas, pulir y abrillantar los artilugios que permiten al mundo andar. Andar significa aquí entregarse a la rutina monótona y al automatismo de la vida bajo el halo de la meta sin meta. Las prótesis, los artilugios median nuestra relación con la tierra, niegan el cuerpo, producen un exilio en relación con lo vecino, nos desarraigan.

¿De dónde el interés de pensar nuestra era como el final de un proceso? El mundo, desvencijado, roto, fracturado es señal de la extinción de los relatos modernos y sus fantasiosas pretensiones; lo que quedó fue el vacío nihilista y una ausencia del pensamiento. Nuestro interés nace al confrontar los dolores de la realidad: Dolores que no matan, pero agotan, cansan, consumen y matan. En este interés imaginamos la posibilidad de esgrimir *otro* pensar y con ello trazar uno tan solo un escenario distinto a los actuales.

¿Y no estaremos equivocados al designar nuestra época bajo el signo de lo sufriente, de lo desgraciado, de lo desventurado? ¿Qué no es ésta la época de las “posibilidades”, de las “oportunidades”, de la proliferación de lo cultural, de la amplitud de acceso a los bienes producibles? Sabemos que tachar a la época como desventurada puede sonar extraño, pues las posibilidades de progreso que ofrece parecen vastas. Bajo esta idea como paradigma se generan muchos “logros”, se alcanzan muchas “metas”. Los motores de las máquinas actuales giran mucho más rápido que las de hace unos años. Se ambicionó y se logró inventar la vida, se permite errar en ello. Se es capaz de intervenir violentamente en la naturaleza bajo cualquier argumento en torno a la necesidad de una fuerza motriz -la que sea- que acumule energías. Este paradigma se encuentra asentado en la idea de innovación.

¿Acaso no erramos también al afirmar la conducta humana bajo el signo de la unidimensionalidad, de la obligatoriedad del rendimiento? El hombre parece destacar en su “unicidad” en el aparente culmen del dominio de la tierra. ¡Lo ha logrado! Todo en nuestro mundo es objeto dispuesto a conquistar: trabajo, familia, cultura, relaciones humanas, sexualidad, vacaciones, redes sociales, sentidos de vida. Todo se *presenta* al

alcance de la mano y con ello surge la pregunta ¿Qué no es ésta la época de mayor libertad humana?

Nuestro comportamiento se determina a partir del vaivén entre lo individual y lo colectivo, pugna entre pensamientos autónomos y heterónomos. Ahí, en los debates públicos en las redes sociales y los blogs publicados en la web, se demuestra la fría intelectualidad de una política también desgastada. Habitamos sumergidos en sueños profanos, en medio de elecciones que no nos pertenecen. Vivimos una lucha incesante entre la aparente y traslúcida libertad ofrecida por la mercadotecnia y la obligatoriedad a vivir y ser felices de una sola manera. Hoy las emociones se miden en cuadrantes de colores que nos ofrecen la misma solución vacua. En efecto, cada tiempo tiene su manera de relacionarse y vérselas con su entorno, con la naturaleza, el actuar entre los hombres. Cada tiempo tiene una forma peculiar de “pensar” y de pensarse. *Ahí* somos, existimos.

Nuestro tiempo no es como cualquier otro. La era de la presencia exacerbada de lo ente erige un modo de vida, una forma de habitar la tierra. Sin embargo, desde la lejanía de un espacio reflexionante, creemos que en ese habitar, que en ese *ahí*, se guarda la esencia de algo por pensar, un misterio. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de pensar reflexionante? A un pensar ajeno al paradigma de lo producible, de lo inmutable. Este *otro* pensar no es calculable, no va en consonancia con el *tiempo* de lo igual, antes bien aparenta improductibilidad, se mueve y suena en *otro* tiempo.

Solo situándonos fuera de dicho paradigma podemos reconocer el pensar de la ciencia, el de la racionalidad y el de la técnica moderna como un pensar que ha llegado al límite, que se ha agotado, cerrado en sí mismo y bajo estas condiciones un pensar que ahoga la vida, que promueve la disnea, que hace escasear el aire y con ello anuncia también un peligro, el más importante de todos los peligros, no poder salir de él mismo: La época nihilista, la época del desarraigo.

### **Desarraigo: Un destino histórico**

A partir de la gestación de las dos primeras obras de los llamados tratados del ser (*Seyn*)<sup>1</sup> *Aportes a la filosofía* y *Meditación* (1936-1939), el nihilismo será una senda que Heidegger recorre desde un camino alterno, desde un pensar en formación. Estas andanzas darían sus hallazgos en el curso de 1940, que nunca llegó a impartirse por las condiciones bélicas reinantes en la Europa continental. Sin embargo, encontramos en los diversos textos que encaran el tema que el nihilismo es caracterizado primeramente como punto transitivo, una puerta de entrada y al mismo tiempo de salida, un sitio de ocultamiento y desocultamiento, un lugar de reunión, una situación que exige de este novedoso pensar en formación un movimiento pendular y de constante vaivén entre la historia de la metafísica y otro pensar de corte diferente que comienza a prefigurarse en la filosofía heideggeriana de la *Kehre*.

De ahí que Heidegger nos inste a pensar que en el mencionado problema filosófico hay más que una apuesta por el valor la vida como la que planteó Nietzsche. En el nihilismo –insiste- *resuena* una pregunta diferente, una pregunta mucho más amplia, profunda y de mayor envergadura: “lo que Nietzsche reconoce por primera vez, y a saber, en dirección al platonismo como nihilismo, es en verdad, visto desde la pregunta fundamental a él extraña...” (Heidegger, 2003, p. 105). Nietzsche pregunta por la esencia del nihilismo desde una experiencia meramente valorativa y no desde la experiencia del acontecer del ser (*Seyn*). Migramos entonces de una perspectiva valorativa a otra de corte onto-histórica. Mediante este “pensar del tránsito”, nos acercamos al nihilismo para abismarnos en sus determinaciones más íntimas, penetrar,

recorrer y conocer los intersticios que dan forma a esta experiencia del acontecimiento apropiador. “Se trata de descubrir a tal huésped y examinarlo a fondo” (Heidegger, 2007, p. 315).

Llevar la pregunta por la esencia del nihilismo a otro plano permitirá situar al hombre y a Occidente en el marco de una decisión histórica (*Entscheidung*) que consentirá develar el olvido y abandono del ser del ente. Si esto se cumple, se podrá plantear entonces la posibilidad de un pensamiento diferente al de esta historia del primer comienzo ya caracterizada líneas atrás; se podrá desplegar la pregunta conductora (*Leitfrage*) y establecer la pregunta fundamental (*Grundfrage*) abordada desde *Ser y Tiempo*.

Coherente al interés desde el cual emerge su filosofía, Heidegger realiza desde principios de los años treinta un enlace entre la problemática nihilista y el establecimiento de la pregunta fundamental (*Grundfrage*) marcando dicha problemática con el signo distintivo que ha caracterizado su pensamiento. La posición desde la cual se abordará el nihilismo será el ámbito de la pregunta por el ser (*Seyn*). El nihilismo es un destino (*Geschick*) que guarda en sí el asunto que marcó a la historia completa de la metafísica, a saber; la confusión reinante entre ser y ente, pero también la oculta pregunta por el ser (*Seyn*) en su verdad. Esta historia culmina con la consecuencia más extrema: el olvido y descomposición de la verdad del ser (*Seyn*). Dicho olvido es simultáneo a un comportamiento peculiar de la humanidad para con los entes y una manera de ser-en-el-mundo. Este comportamiento se consolida en lo que hemos llamado desarraigo histórico y que Heidegger relaciona con el nihilismo, la última frontera histórica. Nuestra hoy, es la cita con ese destino; la metafísica evidencia el inicio de su consumación como la parte final de la historia del primer comienzo.

Pero es cierto, pensar sobre este destino nos exige hacerlo de manera prudente y con cierto tino. Este destino se ha pensado sólo de manera historiográfica y no histórica.<sup>2</sup> Pensarlo desde la historiografía nos lo revela “cómo una sucesión de sucesos constatables historiográficamente” (Heidegger, 1993, p. 109), mientras que, pensado desde la historia del ser (*Seyn*), el destino se manifiesta en su esencia, es el punto de reunión y posibilidades. En *Die Kehre*, Heidegger afirma: “destino es esencialmente destino del Ser, de tal manera que lo Ser mismo se destina y, en cada caso esencia como un destino y conforme a ese, se transmuta destinadoramente.” (Heidegger, 1993, p. 110)

El nihilismo es destino y sólo en tanto tal, es destino del ser (*Seyn*); éste esencia y se desvela desde un modo y posición peculiar. La liberación de la tierra, su apertura en tanto posibilidad, y su desacralización a partir de la filosofía nietzscheana, la dejó *dispuesta* (*Vor-stellen*) para el vigor del hombre que igualmente, busca la superación constante de sí mismo. Leído desde el pensar del tránsito, esta dis-posición (*Vor-stellen*) permitió el despliegue del dominio incondicionado de la tierra bajo el amparo de una estructura metafísica, y este suceso –afirma Heidegger–, no ha hecho más que empezar.

La Metafísica es fatalidad<sup>3</sup> en el sentido estricto de esta palabra, en el único sentido que aquí nos referimos: en ella como rasgo fundamental de la historia acontecida de Europa occidental, deja las cosas del hombre suspendidas en medio del ente, sin que el ser del ente pueda jamás ser experimentado, interrogado y ensamblado en su verdad como el *pliegue* de ambos, a partir de la Metafísica y por ésta. (Heidegger, 1994, p. 69)

En los *Beiträge zur Philosophie*, Heidegger nos permite acercarnos de manera más íntima a fenómenos que aparecieron delineados de manera somera en su obra publicada. Aquí, el problema del desarraigo encuentra una conexión mucho más evidente con el problema del ser (*Seyn*) ya no desde la ontología fundamental sino justo desde este

pensar en transición. De algún modo, este giro nos obliga a regresar a pensar lo no pensado en la metafísica ahora desde la historia del ser (*Die Geschichte des Seyn*).

¿Qué nos revela el nihilismo en tanto desarraigo como producto del abandono del ser (*Seyn*)? Una recaída del hombre en la subjetividad, una entronización de la disposición del ente frente a cualquier cosa. Nos revela la época contemporánea en su esencia: la época de la tecnociencia, la época de la carencia de indigencia, de la falta de pensamiento como exclusiva forma de estar en el mundo.

En la frontera histórica mora el peligro insondable, el peligro del desamparo, del desarraigo. La época nihilista es la época del desarraigo. Insondable porque –como ya hemos señalado–, oculta un sentido difícil de comprender y de explicitar; inescrutable también porque no puede ser comprendida. El olvido del ser (*Seyn*) pospone el evento de la mostración de su verdad y en este posponer (*Nachstellen*) es justo donde el disponer de todo lo asequible triunfa. *Aquí* se despliega el establecer de lo dispuesto y triunfa la falta de pensar. Lanzamos aquí la pregunta ¿Cómo y desde dónde comprender el desarraigo? ¿Qué armas se necesitan pertrechar para agujerear esta coraza nihilista representada por dicho fenómeno?

Cierto es que el sentido común nos lleva a pensar que cuando hablamos de un estado de desarraigo éste puede mostrarse como consecuencia de una situación impelida de manera súbita sobre nuestra cotidianidad. La idea de desarraigo generalmente viene acompañada de una imagen de destierro o lejanía de la tierra natal. En contraparte, supondríamos que el arraigo puede ser representado a partir de la estancia vecina con aquello que nos es más cercano. Podemos suponer que los lazos son evidentes cuando permanecemos “en casa”, junto a todo lo nuestro, pegados a lo que nos rodea y que nos es familiar, cuando “habitamos” nuestro hogar y nuestro terruño cotidiano a diferencia de los que marcharon al exilio.

Sin embargo, el arraigo y desarraigo pensados con Heidegger no apuntan a estancias físicas delimitadas por distancias del lugar de nacimiento ni a fronteras políticas. De hecho, nuestro autor afirma: “esta apresurada supresión de las distancias no trae ninguna cercanía; porque la cercanía no consiste en la pequeñez de la distancia” (Heidegger, p. 143).

Las nociones de arraigo y desarraigo están ligadas a la comprensión y relación con el ser (*Seyn*), con su historia y con las decisiones que la humanidad enfrenta en cada interpretación. De algún modo, creemos que, para Heidegger, el arraigo es algo que se pierde, que se diluye poco a poco a lo largo de la historia occidental.

En “La Resonancia” (*Der Anklang*), primer ensamble de los *Beiträge*, nuestro autor pregunta por el origen del desarraigo histórico. ¿Dónde lo encontramos? “El fundamento íntimo del desarraigo histórico es uno más esencial, más fundante en la esencia del ser (*Seyn*): Qué el ser (*Seyn*) se sustrae al ente y sin embargo en ello hace aparecer a éste como “siendo” y hasta “siendo más” (Heidegger, 2003, p. 106).

Es probable que sea en los *Beiträge* dónde Heidegger profundiza en el acontecimiento de la sustracción del ser (*Seyn*) en relación con la perspectiva histórico-destinal que busca desarrollar y que nos conduce a la comprensión del desarraigo. Pero atendamos a las condiciones señaladas por Heidegger en la cita anterior: En primer lugar, la sustracción del ser (*Seyn*) se revela como el fundamento del abandono por parte del ser en el ente. Esta sustracción se convierte en el acontecimiento determinante de lo que nuestro autor llamará la historia del primer comienzo. Si concedemos esto, la historia de la metafísica es en su inicio la historia de la sustracción y abandono del ser (*Seyn*) en su verdad.

La historia del primer comienzo es la larga historia de una sustracción que se ocultó hasta olvidarse. Esta sustracción terminará consolidándose como destino final y será

justamente el desarraigo. Éste se revela como una condición histórica en la cual la relación del pensar con el ser (*Seyn*) es nula, simplemente no existe. Del ser simplemente hay nada. Con la culminación de la tradición metafísica, el problema del ser (*Seyn*) cae en el olvido. Desarraigo es hablar de la experiencia de la inesencia del ser (*Seyn*) en su máxima cerrazón. Esta experiencia -la parte final de la historia del primer comienzo-, asigna una nueva posición a la humanidad, un modo de estar-en-el-mundo, una manera de morar el mundo que encuentra su fundamento en el problema que ha atravesado la filosofía heideggeriana, el problema del ser (*Seyn*).

Ahondemos un poco más en este problema retomando la cita mencionada del párrafo 56 de los *Beiträge*: “El fundamento íntimo del desarraigo histórico es uno más esencial, más fundante en la esencia del ser (*Seyn*): Qué el ser (*Seyn*) se sustrae al ente y sin embargo en ello hace aparecer a éste como “siendo” y hasta “siendo más” (Heidegger, 2003, p. 106) La sustracción hace aparecer al ente como “siendo” y hasta “siendo más”. ¿Qué implicaciones trae esta confusión en el sentido del desarraigo histórico que nos interesa abordar aquí?

Pensar el ser a partir de la presencia favoreció históricamente su intocabilidad y una comprensión dominante del mismo a partir de los entes fundamentales mencionados anteriormente. La historia de la metafísica permitió la construcción de una onto-teología<sup>4</sup>. Heidegger advierte: esta captación del ser solo es su asimilación como ente a partir de la pregunta por el  $\delta\upsilon\ \tilde{\eta}\ \delta\upsilon$  y ésta es justo la pregunta conductora. La confusión reinante entre ser y ente favorece a que el abandono determine al olvido de la pregunta fundamental, que ya ni siquiera es planteada. De alguna manera, durante toda la historia de la metafísica existía una relación impropia o un ámbito de confusión con el pensar en torno al ser, pero de algún modo éste último era pensado. En *La historia del ser*, Heidegger afirma: “El olvido del ser es la organización y consolidación metafísica del abandono del ser, en ello necesaria y plenamente oculto” (Heidegger, 2011, p. 55): ¿A dónde conduce esta afirmación?

La obviedad del ser (*Seyn*) -en tanto presencia- producto de la sustracción, ocultación, abandono y rechazo, culminan en el olvido del propio ser (*Seyn*). La pregunta parece superflua por su obviedad y en la cancelación de la pregunta lo hace aparecer como lo más común. Lo anterior no refleja más que la depotenciación de su propia verdad. El desenlace muestra al ente asible como lo más ante la mano, lo más intrascendente.

En el mismo apartado, Heidegger enlista una serie de hechos que no dan sino garantía de la consolidación de este abandono y posterior olvido que de alguna manera apuntan a un diagnóstico de lo que se entiende por desarraigo histórico. Estos puntos pueden agruparse temáticamente de la siguiente manera: El primer bloque aborda el problema de plurisignificación que se le asigna al ser y su determinación óptica a partir de conceptos como valores o ideas. Dichos elementos cancelan la fuerza y determinación para una decisión histórica que permita pensar en enfrentar las condiciones de desarraigo. El segundo bloque contiene dos apartados centrados en la idea de la empresa cultural donde está incluido el arte; ahí mismo reitera que una empresa de este tipo elude las grandes decisiones históricas y con ello impide la fundación de la verdad del ser (*Seyn*). El tercer bloque se acerca al problema histórico de la nada. Lo adverso o negador es visto como lo peligroso, pero en cierta medida es visto así a partir del criterio de la ausencia de lo presente y no desde lo noedor (*Nichtschaft*) que pertenece al ser (*Seyn*). No saber del no, afirma Heidegger, es no saber acerca de la verdad del ser y su decisión. La verdad del ser se sustituye por el afán por lo “verdadero”. El cuarto bloque lo conforma un solo punto que nos permitimos

citar en su totalidad por las características que da al acaecer de la sustracción total del ser (*Sein*) en tanto desarraigo.

La especial aclaración del abandono del ser como desintegración de Occidente, la huida de los dioses, la muerte del dios moral cristiano; su cambio de interpretación (*cf.* Las referencias de Nietzsche). El encubrimiento de este desarraigo a través del encontrarse a sí mismo el hombre (modernidad) sin fundamento, pero supuestamente en un nuevo comenzar; este encubrimiento hiperresplandeciente y acrecentado a través del progreso: descubrimientos, invenciones, industria, la máquina; al mismo tiempo la masificación, abandono, pauperización, , todo como desprendimiento del fundamento y de los órdenes, des-arraigo pero profundo encubrimiento de la indigencia, incapacidad de meditación, impotencia de la verdad; el pro-greso hacia el no ente como creciente abandono por el ser (*Sein*). (Heidegger, 2003, pp. 107-108).

La desintegración de Occidente es la transformación de la metafísica clásica en la instauración de un nuevo orden tecnocientífico, que funciona desde los ecos ancestrales de dicha metafísica ahora oculta. Ésta, toma su forma y fuerza de la aparente ausencia de sí misma. La metafísica parece superada, pero no es así, sino que sufre una reconfiguración. El oscurecimiento del espíritu es causa de la falta de pensamiento en torno al ser (*Sein*). Nietzsche lo llamó error y vapor y la humanidad lo olvidó por completo. Parece que en esta época de pretendida superación de la metafísica, todo preguntar en torno a conceptos fundamentales sale sobrando. Heidegger caracteriza a esta época como una época carente de profundidad plagada de organización y cálculo. La época de la maquinación (*Machenschaft*) y la vivencia (*Erlebnis*), la época del desarraigo.

La época de la metafísica aplanada y volcada sobre la tierra busca el dominio de ésta. La manera de lograrlo es mediante la instrumentalización del pensar. El pensar se vuelve inteligencia y en ese sentido una simple herramienta para el manejo de los entes y ordenanzas en tanto a fines utilitarios. Un pensar limitado a la operación y sesgado a otras posibilidades. De este modo, la oscuridad del espíritu es al mismo tiempo la parquedad del pensar, la unidimensionalidad del mismo. El hombre se consume en su arrojamiento al dogma de la verdad revelada por la ciencia en términos meramente instrumentales, un afán por lo “verdadero” mencionó Heidegger. Con ello viene el desarraigo también del pensar.

El mundo sucumbe ante coordenadas cartesianas que ubican y determinan cada rincón del planeta para el ejercicio del poder. La nada es medible, cuantificable y calculable, lista para ser copada por el ente. No lo olvidamos, la meta es la obligación perenne por el dominio de la tierra. La consunción de los poderes espirituales implica que no hay más resistencia. Los dioses han huido, se entra en un estado de indecisión con respecto a lo divino; los dioses son así también desarraigados del mundo.

De este modo la metafísica contemporánea, con su nueva máscara y disfraz terrenal, se normaliza y se extiende a nivel planetario. En *Hacia la pregunta por el ser*, texto escrito en 1956<sup>5</sup>, Heidegger afirma:

El nihilismo se ha consumado, cuando ha prendido todas las existencias y está por todas partes, cuando ya no puede afirmarse que sea una excepción, en tanto que se ha vuelto un estado normal. Pero en el estado normal se realiza sólo la consumación. Aquel es una consecuencia de ésta. Consumación significa la concentración de todas las posibilidades esenciales del nihilismo, que en conjunto y aisladamente siguen siendo impenetrables.<sup>6</sup>

Quizá un poco tarde, la afirmación anterior abona a la comprensión del nihilismo como resultado de la historia del ser (*Seyn*). La idea ciega de un “todo tiene su lugar”, “todo va bien” nos ayuda a comprender porque el huésped inquietante, no inquieta más.

El nihilismo en tanto frontera histórica es al mismo tiempo desarraigo histórico. Lo anterior implica una transformación en la manera en que se concibe el estar en el mundo, habitarlo; conlleva una manera en la que se tratan las cosas, en la manera en que se dan las relaciones humanas. El desarraigo, producto del abandono del ser en tanto olvido, trata a los entes desde la carencia de indigencia, la más grande de las indigencias. Lo presente simplemente está ahí, siempre y eternamente presente; con ello se ha esfumado el *thauma* en tanto temple inaugural de la historia del primer comienzo; el develar de la *aletheia* no asombra más, deviene depotenciación de sí, pérdida de sí misma. El hombre vivencia la indiferencia ante la verdad del ser (*Seyn*) y su abandono y olvido le son indolentes. El desarraigo es no tener más *pathos* por el ser (*Seyn*) e incluso por el propio ente, pues este siempre *es* presente. El ente se revela como lo dominado y maquilado por la insufrible idea de progreso, no se busca más que devorar más y más cada región de la tierra, copándola de lo ópticamente disponible. El mundo se volvió inmundo, el lugar explotable de materia prima para el pro-ducir (*Vor-stellen*) de lo ente y llevarlo ahí, ante la mano, ante la *ratio* en tanto representación.

El hombre es sometido y dominado por la incuestionabilidad de aquello que le es más próximo pero paradójicamente lo más lejano al mismo tiempo, imperceptible por él mismo. El hombre se muestra encantado por un tipo de vida determinado por lo novedoso e innovador, lo aparentemente nuevo y cada vez más nuevo. Dicha novedad lo deslumbra a pesar de no tener nada nuevo en ella. El hombre, alejado de la meditación, pero cercano a la máquina; alejado del pensar y cercano a la maquinación (*Machenschaft*). El reinado de lo ente es lo predominante y el pensar lo anquilosado y funcional a un mismo tiempo. Las preguntas fundamentales son encajonadas, enviadas a la espera, acalladas por el ruido de lo ensordecidamente presente.

Cierto, el destino llegó y con él una nueva época y una nueva humanidad cuyo habitar y estancia en el mundo puede durar muchos años más. Es la época de la metafísica de la voluntad de poder, de la acción y la organización. La metafísica del hombre encadenado a máquinas, terrenos reales y virtuales, paredes, exigencia laboral; un hombre que cree que ejerce el dominio cuando él es lo propiamente exigido por el imperativo de la explotación de la tierra. Ahí nos surgen diversas interrogantes: ¿Cómo interpretar este abandono del ser que afecta al hombre mismo? ¿En qué medida y bajo que situaciones, el hombre de nuestra época *vivencia* la experiencia de “lo otro”? ¿Es el encuentro con “lo otro” una relación determinada por una condición cerrada –en contraposición a lo abierto– y además imposible de superar? ¿Es posible pensar en diferentes condiciones de vida y habitar en un mundo sin raíces?

La época nihilista es la época más organizada. El progreso técnico revela desde el bullicio de los medios de producción y comunicación su encantamiento por lo novedoso, por la innovación, por el emprendimiento. Las creaciones y desarrollo tecnológicos hacen pensar que el mundo cambia, que el estado de estatismo es tan solo un fantasma que constantemente se vence, que es tan solo una apariencia.

En la época del hartazgo del ente, nada cambia, todo es aprovisionable, el continuo eterno de lo mismo exige desde el bullicio de lo gigantesco un consumo desmedido. El desarraigo es la cancelación de la pregunta por el ser, se cancela lo digno se ser cuestionado, el aparecer del ente es lo más común, lo más evidente, es la época de la carencia de cuestionabilidad. No hay siquiera un atisbo en torno a ser. La pregunta por la abismosidad y asombro del ser (*Seyn*) es cancelada e impide pensarlo incluso en la

relación con su verdad inesencial que muestra en la época contemporánea. Lo inesencial ha vuelto al mundo in-mundo.

Sin embargo, acudir a la meditación histórica desvela un espacio cuestionante; se puede pensar y con ello escuchar la llamada del ser (*Sein*), prestar oídos a la posibilidad de una resonancia de lo digno de ser pensado dentro del bullicio de la época contemporánea. El espacio cuestionante contiene en sus entrañas una posibilidad pensante que puede desvelar lo que guarda este *pliegue* histórico que nos permita sondear la oculta historia del ser (*Sein*).

\*\*\*\*\*

En un espacio como éste tan sólo nos limitamos a esgrimir, desde la ausencia de penuria, ciertos pensamientos que ahora compartimos. El hombre de hoy vive condenado por una colectividad atemorizada por la diferenciación existente entre los miembros que conforman dicha colectividad. Ésta destruye y limita cada uno de los conceptos alternos del pensar, forzando al individuo a vivir bajo los parámetros de una razón instrumental. Se omiten y cancelan todas las alternativas disruptivas a este tipo de pensar por el temor a desaparecer y ser paradójicamente, olvidados; lo que rige como valor del mundo es el ansia de poder.

El hombre de hoy ha caído en la rutina, en la caótica ilusión por intentar manifestar sentimientos; hay algo de vegetativo en el hombre por sobrellevar el peso taxativo de un rol socialmente determinado e irresoluble, la infame lucha que tiene entre cuerpo y mente, el prototipo de vida que le es impuesto, la religión, el Estado, la familia, la educación, la T.V., el baile, una serie de enseñanzas que nos obligan de forma inconsciente a alimentar nuestro ego, nuestra vanidad de hombres (y de mujeres), a cultivar nuevos ídolos sin un sentido real, sin un acercamiento a lo fundamental, ese ha sido el resultado de una razón sin fundamento.

A lo largo del tiempo, el mismo hombre ha aprendido a ser el reflejo triste de otras realidades, a alimentarse con los sueños de otros, a consumirse en llantos desgarradores que no le pertenecen, a esperanzarnos por falsas tierras prometidas que no se poseen, a disfrutar de los éxitos de otros y buscarlos desesperadamente, y, como el espejo de Blanca Nieves, también se ha alabado a lo más bello que una industria pone frente a nuestros ojos. Los contenidos y formas son desplazados sin sentido, yendo hacia un modelo unicausal de vida; por ende, se rechaza y sataniza todo aquello que no forma parte de la estructura de emplazamiento, nos hemos cerrado al ser en cuanto tal y aceptamos más lo irreal.

En el desarraigo se oculta una palpable inferioridad, la conducta humana adquiere máscaras tartufas, rostros falsos, melodías apócrifas y emociones inmersas en la falsedad. El hombre se entrega a hordas que vuelven homogénea la existencia. Con lo anterior se cree eludir el mito de la condenación de las llamas del infierno, se cree evitar una serie de gotas de lluvia de juicios que logren empapar nuestra desnudez absorta y transparente. Habitar el desarraigo es dejar que, desde la más lejana infancia, las palabras los tiempos y las regiones comunes devoren famélicamente la vida mediante la vivencia: Nos incluimos ya, vivimos sumergiéndonos en sueños profanos que pertenecen a las masas, nos vamos convirtiendo en elementos miembros de lo genérico, seres amorfos con una personalidad a préstamo, se nos van mostrando caminos con colores invisibles encadenándonos a valores éticos y estéticos y enseñanzas dadas por la metafísica de la acción y la organización.

La conducta se rige por la mimetización hacia paradigmas que la técnica moderna nos ofrece. El cuerpo es guiado como una sombra, es manipulado en sus genes para ser

socialmente aceptado dentro del espacio físico en que nos encontramos. El ser trastocado, alterado, se mueve de manera impropia por las palabras y caminos establecidos por pensadores y reducido a entes con ambiguas máscaras. De niños nos entregamos a ellos, ídolos minúsculos, quizá un poco propio de nuestra edad; de adultos nos entregamos a nuevos ídolos que aparecen como metas de realización y dominio, valores que en gran medida siguen siendo utópicos, sólo producto de nuestros sueños.

Ya las cruces encerraron nuestras ideas, los ídolos siguen abatiendo nuestro pecho, los execrables ojos absorben nuestra sangre y las máquinas van devorando nuestras vidas. El desarraigo plasma y tatúa en nuestros sueños un código de barras prometiendo una tierra irreal de fantasía, sustituyendo venas por engranes, piel por aleaciones y amalgamas leprosas, mórbidas, sucias; un cerebro como banco de memoria, circuitos en lugar de tejidos. Vemos al hombre de hoy perdido en la demencia, desquiciado, fuera de lugar, desarraigado; atrapado por un sistema social y laboral, esclavizado entre máquinas, paredes, realidad virtual, un mundo-inmundo.

No sé si de verdad son estas líneas tan inútiles, estos sentimientos tan irónicos, tan absurdos, estas palabras tan infames como parecen. Sin embargo, creo que existe algo valioso dentro de esto. Lo anterior no son simples líneas de nihilismo pesimista, sino un cúmulo de reflexiones que en un principio se asumían como absurdas, de sueños de niño que han buscado manifestar inconformidad, que apelan por cambiar lo inmutable, por intentar pensar lo impensable.

Desde las sombras en la penumbra, alguna vez *physis*, *poiesis*, el ser (*Seyn*) intenta emitir rastros desesperantes y traza líneas incorpóreas para ser alguna vez escuchado, alguna vez bendecido.

## Referencias

- Calvino, I. (2012). *Las ciudades invisibles*. (A. Bernárdez, Trad.) Siruela.  
 Heidegger, M. (1993). *Ciencia y Técnica*. (F. Soler, Trad.) Universitaria.  
 Heidegger, M. (1994). *Conferencias y Artículos*. (E. Barjau, Trad.) Serbal.  
 Heidegger, M. (2003). *Aportes a la filosofía. Acerca del evento*. (D. V. Picotti, Trad.) Biblos.  
 Heidegger, M. (2007). *Hitos*. (H. C. Leyte, Trad.) Alianza Editorial.  
 Heidegger, M. (2011). *La historia del ser*. (D. Picotti, Trad.) El hilo de Ariadna.

<sup>1</sup> Cfr. Beiträge zur Philosophie (vom Ereignis). Vittorio Klosterman Verlag, Francfort del Meno, 1989. Tr al español de Dina V. Picotti. Aportes a la filosofía (acerca del evento) Argentina. Ed. Biblos. 2003. Besinnung. Vittorio Klosterman Verlag, Francfort del Meno, 1997. Tr al español de Dina V. Picotti. Meditación Argentina. Ed. Biblos. 2006. Über den Anfang. Vittorio Klosterman Verlag, Francfort del Meno, 2005. Tr al español de Dina V. Picotti. Sobre el comienzo Argentina. Ed. Biblos. 2007. Die Geschichte des Seyns. Vittorio Klosterman Verlag, Francfort del Meno, 1989. Tr al español de Dina V. Picotti. La historia del ser. Argentina. Ed. Biblos. 2011.

<sup>2</sup> Heidegger realiza una diferencia entre dos conceptos que pueden traducirse del mismo modo: Historie y Geschichte. A la primera de ellas se le ha traducido como historiografía. Dicho concepto nos remite a hechos abordados a manera de colección de recursos del pasado. La historia se muestra de manera óptica, los recursos son manejados a partir de la simpleza del dato. Por otro lado, el concepto Geschichte traducido como historia y relativo a la historicidad del ser, es referente a la experiencia del acontecimiento apropiador. La Geschichte nos habla de la experiencia fundamental de apertura del acontecimiento apropiador. De la mostración del ser en su verdad.

<sup>3</sup> Fatalidad (Verhängnis): horizonte inevitable. Creemos que esta palabra lleva en sí dos ideas fundamentales ya planteadas en este texto. La primera de ellas es referida al destino histórico que lleva Occidente en su seno producto del abandono y posterior olvido del ser (Seyn), la metafísica de la

---

presencia. Este destino no debe pensarse en términos morales o negativos. El destino es trágico en el sentido abordado anteriormente, es la consecuencia de la interpretación del ser que la tradición ha realizado. Sin embargo, es a su vez la posibilidad de la fundación de otro pensar, es una especie de bisagra que permitirá unir el pensamiento metafísico del primer comienzo con el otro comienzo del pensar. La segunda idea es referida a la necesidad de esta fatalidad como un acontecer de la historia del ser (Sein), presupuestada como un dominio planetario del ente, ahí también decide su juego la tragedia en tanto cumplimentación de la historia. El ente accesible por todos lados y en todo lugar. El atiborramiento de la tierra por parte de lo ente.

<sup>4</sup> Afirmamos que Heidegger piensa que toda metafísica es onto-teo-logía porque busca sin reparo la causa suprema (yeion) en la medida en que responde a la pregunta *ōn* / *ōn*. La pregunta busca la determinación del ente en cuanto tal respecto de su esencia y esta esencia es cotejada a partir de los entes fundamentales o esenciales.

<sup>5</sup> *Über den Linie*". Junger, Heidegger. *Acerca del Nihilismo*. "Sobre la línea" y "Hacia la pregunta por el ser". Paidós I.C.E./ U.A.B. Barcelona. 1994.

<sup>6</sup> *Ibid.* p. 84.